

En esta nuestra primera incursión en el Madrid de los Trastamaras nos va a acompañar una figura fundamental en la vida de la considerada última representante de esa dinastía obviando a su hija Juana de Castilla, la reina Isabel I de Trastamara, nos referimos a Beatriz Galindo, apodada "La Latina" que da nombre no solo a una estación de Metro sino a todo el barrio en el que nos encontramos, el Barrio de la Latina.

Nacida en la castellana y universitaria Salamanca hacia el año 1465 d.C., hija de unos hijosdalgos zamoranos su destino, al no poder sus padres dotarla en sus esponsales al igual que sus hermanas de acuerdo a su posición social y como era habitual en aquella época, estaba marcado, ingresar llegada la edad de pronunciar sus votos en uno de los innumerables conventos que proliferaban en la ciudad.

No obstante un hecho poco habitual en la sociedad medieval castellana como era el que una mujer estudiara "latines" cambiará ese su inicial destino, al autorizarla sus padres asistir a las clases de Retórica del insigne gramático Antonio Elio de Lebrija, alcanzando gran notoriedad tal y como muestra el hecho de ser requerida por la propia Reina Católica su presencia en la Corte, en el año 1486 d.C., conservándose la reseña biográfica que de la misma figura recogida en la obra "Batallas y quincuagenas" de Gonzalo Fernández de Oviedo :

".... muy grande gramática y honesta y virtuosa doncella hijadalgo".



Beatriz Galindo (Personajes españoles / Emisión del año 1968).

Este requerimiento estaría ligado, si hiciéramos caso a la frase atribuida al poderoso arzobispo Carrillo :

"Yo saqué a doña Isabel de hilar y la volveré a la rueca."

al deseo de Isabel I de Castilla de adquirir una formación humanista suficiente tanto para demostrar unos conocimientos, hasta ese momento vedados a las mujeres, que le permitieran independizarse de la tutela de los poderosos nobles que hasta ese momento parecían gobernar Castilla, como para igualarse culturalmente a su esposo Fernando II de Aragón.

Casada gracias a la magnífica dote, 500.000 maravedíes, aportada por la propia Reina, con el militar y secretario del rey aragonés don Francisco Ramírez de Madrid, apodado "el artillero", tras la muerte de su esposo en el año 1501 d.C. en el transcurso de una algarada contra los moriscos granadinos en la Serranía de Ronda, realiza varias fundaciones monásticas, entre ellas el Convento de la Concepción Jerónima y el Convento de la Concepción Francisca, junto al cual se levantó el Hospital de la Concepción de Nuestra Señora, que posteriormente recibió su nombre, Hospital de la Latina, que concluido en el año 1507 d.C. por el maestre Hazam, alarife mozárabe, fue derribado en el año 1904 d.C. para ensanchar la calle Toledo.



Fachada del Hospital de la Latina a principios del siglo XX d.C.

**Portada del Hospital de la Latina
en una fotografía datada en el
último tercio del siglo XIX d.C.**

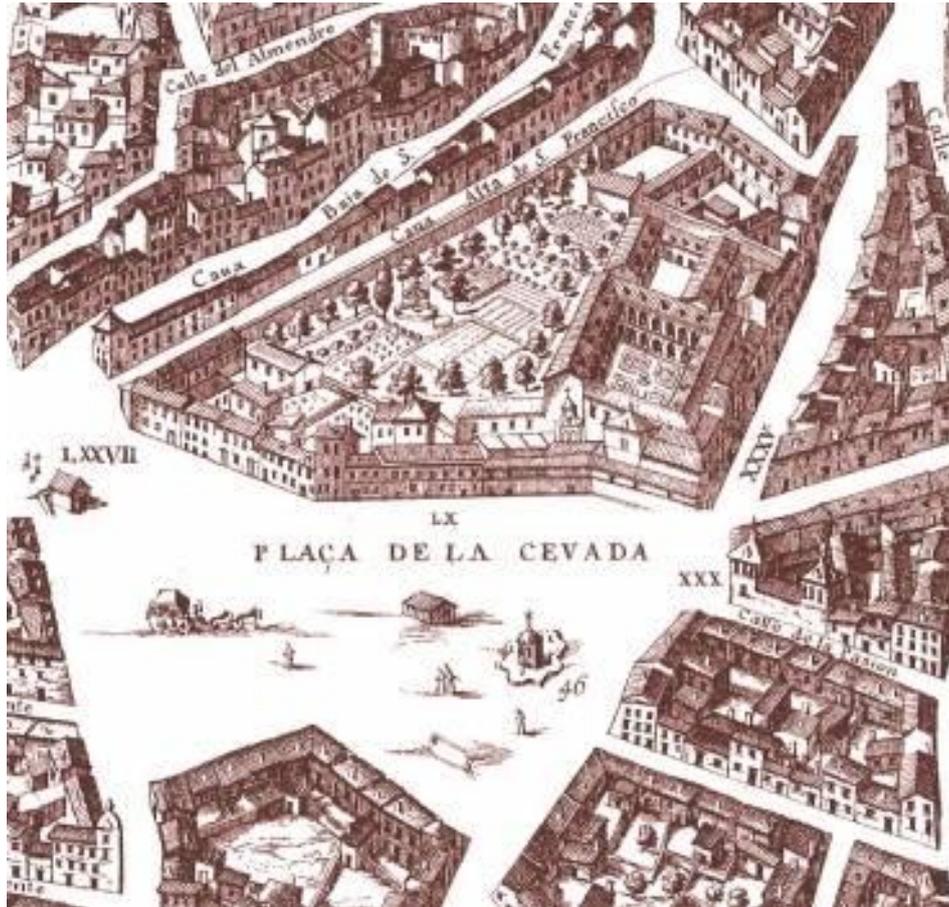
**Bajo la imagen de san Joaquín y
santa Ana, padres de la Virgen
María figura la inscripción :**

**ESTE HOSPITAL ES DE LA
CONCEPCIÓN DE LA MADRE DE
DIOS QUE FUNDARON
FRANCISCO RAMIREZ Y BEATRIZ
GALINDO SU MUJER. 1507**



Si hemos traído a colación esta insigne mujer ha sido, primero por haber sido filatelizada en el año 1968 d.C. y, segundo, que como preceptora de las hijas de la reina Isabel I, tras sus matrimonios, doña Juana con Felipe el Hermoso; Catalina de Aragón casada sucesivamente con Arturo, Príncipe de Gales, y el futuro Enrique VIII de la casa Tudor de Inglaterra, e Isabel y María, ambas y sucesivamente con Manuel I de Portugal, mantuvo hasta su fallecimiento en el año 1535 d.C. una intensa correspondencia con ellas que, desgraciadamente, se ha perdido.

Y con su compañía, al fin y al cabo y junto a su esposo era propietaria de diversas tierras en este lugar que fueron donadas posteriormente al Convento de la Concepción Francisca, vamos a iniciar nuestro recorrido encaminándonos hacia ese gran, y por desgracia, destartalado espacio urbano que conforman la denominada Plaza de la Cebada junto a sus aledaños, las Plazas del Humilladero, de Moros, de Carros y de San Andrés, que todas ellas tienen su origen en una serie de espacios vacíos de edificaciones situados extramuros de la Puerta de Moros, uno de los más importantes accesos de la denominada cerca medieval, un muro defensivo levantado en el siglo XI d.C. tras la conquista cristiana de la Villa.



La Plaza de la Cebada de Madrid según figura dibujada en el Plano elaborado por Pedro Texeira en el año 1656 d.C., y en el que se observa el gran solar que ocupaba el antiguo Convento y Hospital de la Concepción Francisca- La latina - (LX), así como el pequeño humilladero (LXXVII) que dio nombre a la actual Plaza del Humilladero.

Desde prácticamente el siglo XII d.C., en este espacio se situaba el que estaba considerado como el más importante mercado dedicado a la venta de verduras, cereales, legumbres y otros productos provenientes de las cercanas huertas, estableciendo la tradición que su nombre proviene del hecho que en este lugar se realizaba la operación de separar la cebada destinada a los caballos del rey de la correspondiente a los regimientos de caballería.

La de la Cebada es plaza de mal recuerdo al haberse convertido durante el turbulento siglo XIX d.C. en lugar de ejecución de las sentencias capitales dictadas tanto contra de destacados militares liberales como el General Rafael del Riego, ahorcado en este lugar el día 7 de noviembre de 1823 d.C., como contra facinerosos, así el famoso bandolero Luís Candelas fue ajusticiado en este lugar a garrote vil el día 6 de noviembre de 1837 d.C.

DERECHA : Antigo grabado que recrea la ejecución en la horca del General Riego en la Plaza de la Cebada de Madrid.



ABAJO : Imagen de la Plaza de la Cebada en día de mercado fechada en el año 1860 d.C.



Abandonamos la Plaza de la Cebada en dirección a la Plaza de San Andrés dejamos a un lado las actuales calles de la Cava Baja y la Cava Alta de san Francisco, cuyo trazado, como nos recuerda nuestra protagonista, sigue el de los fosos de la antigua cerca medieval de Madrid.



Las tradicionales Cavas Alta y Baja de San Francisco, situadas entre las Plazas de la Cebada y de Puerta de Moros, cuyo trazado sigue el de los antiguos fosos de la cerca medieval de Madrid.

La llamada Plaza del Humilladero, cuya denominación proviene del hecho de alzarse en ella desde antes del siglo XVII d.C., la referencia más antigua data del año 1635 d.C., un pequeño humilladero, (D.R.A.E. : lugar devoto que suele haber a las entradas o salidas de los pueblos y junto a los caminos, con una cruz o imagen) que la piedad de la Cofradía de la Veracruz sustituyó por una ermita dedicada a Nuestra Señora de Gracia hacia el año 1650 d.C., da paso sin solución de continuidad a la Plaza de los Carros, cuyo nombre hay que buscarlo en el hecho de haberse convertido desde el siglo XVII d.C. en el lugar donde los carreteros y propietarios de carruajes estacionaban sus vehículos a la espera de personas que contrataran sus servicios, entre los que se contaban el transporte de mercancías y personas y, como no, el de la correspondencia.



La Plaza de los Carros ocupada por distintos tipos de vehículos de esa clase en una fotografía fechada hacia el año 1930 d.C.

De ese hecho tenemos el testimonio literario recogido en el segundo volumen, de título "La Corte de Carlos IV", perteneciente a la serie de los Episodios Nacionales obra de Don Benito Pérez Galdós donde encontramos cumplida referencia a la utilización de este medio de comunicación para transmitir noticias y trasladar personas entre la Villa de Madrid y la de Aranjuez, en cuyo Palacio reside la Familia Real.

Ocupando el número 6 de la Plaza se alza el antiguo Palacio de los Duques del Infantado, un edificio construido en el siglo XVIII d.C. en un solar que había pertenecido al Convento de religiosas de Santa Ana y al Doctor Baltasar de Lorenzana.

Levantado en ladrillo cocido con los cimientos, esquinas y vanos reforzados con piedra de sillería, su estilo es característico de las construcciones palaciegas madrileñas del citado siglo, destacando en su interior un portalón renacentista que perteneció en su día al Castillo de la Calahorra de Granada.



El antiguo Palacio de los Duques del Infantado, una de cuyas fachadas se asoma a la Plaza de los Carros, ante el que se abre el espacio urbano formado por dicha Plaza y la de Puerta de Moros.

Completando esta suerte de "manzana de plazas" encontramos la Plaza de la Puerta de Moros, que nos recuerda que antaño en este lugar se situaba uno de los accesos mas transitados de la Villa, de la que únicamente queda el recuerdo de su nombre, y la Plaza de san Andrés, la más señorial de todas, en la que se alza el rehabilitado palacio de los Condes de Paredes de Nava, anteriormente de la familia Vargas, quienes, según la tradición, fueron los patronos de la san Isidro y su esposa, santa María de la Cabeza, lugar donde vivieron y aconteció el llamado "milagro del pozo", hoy día convertido en el "Museo de San Isidro. Los orígenes de Madrid", o más sencillamente, el Museo de los Orígenes.

En su interior, las diferentes salas nos ofrecen un recorrido por la historia de la Villa conservándose, en una de ellas, los cenotafios labrados en alabastro de nuestra protagonista, doña Beatriz Galindo, y su esposo, trasladados a este lugar desde su emplazamiento original en la desaparecida iglesia de la Concepción Francisca de la calle Toledo.



Antiguo palacio de los Condes de Paredes de Nava, en la Plaza de San Andrés, que alberga en la actualidad el Museo de los Orígenes.

Dejamos a nuestra primera protagonista junto a su cenotafio para continuar hacia la gran fábrica de la iglesia de San Andrés, parroquia cuya fundación, según algunos autores, se remonta al propio periodo de dominación musulmana de Madrid cuando en esta zona se situaba el barrio mudéjar de la Villa.

No obstante la primera referencia escrita se encuentra en el llamado Fuero de Madrid del año 1202 d.C., lo cual no es óbice para que la tradición considere a San Isidro como uno de sus feligreses siendo a su fallecimiento acaecido hacia el año 1130 d.C. enterrado en ella.

De la importancia de aquel antiguo templo es buen ejemplo el hecho de ser utilizado como Capilla Real desde finales del siglo XV d.C., tanto por los Reyes Católicos alojados en el cercano Palacio de los Lasso de Castilla, como en las visitas reales del propio Fernando el Católico y su segunda esposa Doña Germana de Foix, o de sus sucesores, Juana I de Castilla y Felipe I de Habsburgo e, incluso, con los regentes del Reino, el Cardenal Cisneros y Adriano de Utrecht, el futuro Papa Adriano VI.



ARRIBA . Plaza de San Andrés con la el palacio de los Condes de Paredes de Nava a la derecha, y la capilla de San Isidro al fondo.

DERECHA : La capilla de San Isidro, uno de los más depurados ejemplos del barroco madrileño, que forma parte del conjunto de la parroquia de San Andrés.



Nada resta de aquel primitivo templo pues la riqueza de aguas subterráneas de Madrid, justo bajo sus cimientos discurre el regato que alimenta el pozo del milagro de san Isidro, provocaron que en el año 1656 d.C. se hundiera su Capilla Mayor hecho que ocasionó la ruina total del templo, por lo que el monarca Felipe IV encarga a José de Villarreal la dirección de las obras de una nueva iglesia, las cuales dieron inicio el día 12 de abril de 1657 d.C. en presencia del monarca y su esposa Mariana de Austria, siendo solemnemente inaugurado por el desdichado rey Carlos II el 15 de mayo de 1699 d.C.



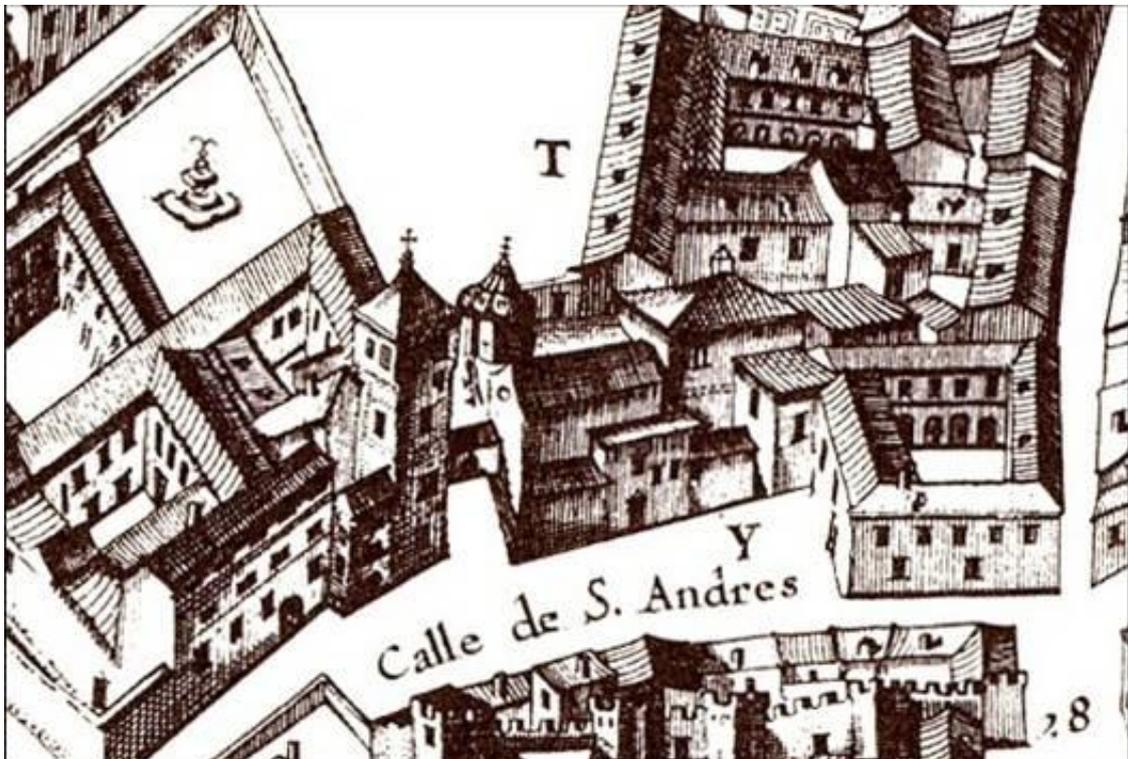
Jardines de acceso a la capilla de San Isidro y la parroquia de San Andrés.

Dejamos atrás este templo (aquellas personas interesadas en su historia pueden consultar el monográfico a él dedicado), para bajar por la Costanilla de san Andrés en dirección a la Plaza de la Paja, lugar en el que nos espera nuestro siguiente protagonista.

Este corto paseo nos va a llevar hacia atrás en el tiempo, desde el reinado de la última representante de la dinastía de la casa de Trastámara, Isabel I de Castilla, hasta el reinado de uno de sus primeros miembros, Enrique III, apodado el Doliente, no sin antes recordar, pues no queda más que el recuerdo, uno de los palacios más importantes del Madrid de ese periodo.

Allí, en el cruce de la Costanilla de san Andrés con la calle de los Mancebos, se alzaba la casa-palacio de los Lasso de Castilla, majestuoso edificio que ocupaba más de sesenta mil pies cuadrados (unos 5.700 metros cuadrados) contando, según las crónicas, con más de 100 estancias y cuyos orígenes parecen remontarse al siglo XIV d.C.

Profundamente reformado por Don Pedro de Castilla, bisnieto del rey Pedro I el Justiciero, su propietario tras su matrimonio con Doña Catalina de Lasso, hija del marqués de Mondejar, ordenó levantar en el año 1490 d.C. una gran torre desde la cual, y a través de un pasadizo, se unía el Palacio con la tribuna de la cercana Iglesia de San Andrés, pasadizo que ya hemos comentado fue utilizado tanto por la familia propietaria como por los diversos monarcas y autoridades que en él se alojaron para acceder a dicho templo.



El Palacio de los Lasso de Castilla con el pasadizo que lo unía con la iglesia de san Andrés según figura dibujada en el Plano elaborado por Pedro Texeira en el año 1656 d.C.

La estancia de los monarcas en el Palacio, suponemos que junto a los escribanos de la Corte, debió propiciar el envío de incontables misivas, posiblemente una de las más importantes fue la que comunicaba a villas y ciudades el fallecimiento del monarca Enrique IV de Castilla acaecido en esta de Madrid el 11 de diciembre del año 1474 d.C.

Placa que recuerda el pasadizo que comunicaba el Palacio de los Lasso de Castilla con la iglesia de San Andrés.



No obstante el episodio histórico más conocido, aun cuando otros autores lo sitúan en la actual Plaza de la Villa, sea el referido a la famosa frase "estos son mis poderes, y con ellos gobernaré hasta que el Príncipe venga" pronunciada por el Regente del Reino, don Francisco Jiménez de Cisneros, el Cardenal Cisneros, ante la levantisca nobleza castellana, al tiempo que les mostraba las tropas desplegadas en la cercana Plaza de los Carros.

Para completar su historia señalar que en el año 1611 d.C. pasó a formar parte de las propiedades de los Duques del Infantado quienes, y debido a su pésimo estado de conservación, dieron orden de demolerlo en el año 1882 d.C. vendiendo el solar resultante al Marqués de Cubas quien financió la construcción de diversos edificios de viviendas en él.

Y sin solución de continuidad nos adentramos en la Plaza de la Paja.

De irregular trazado era la principal plaza de la Villa hasta que bajo el reinado de Juan II de Castilla da inicio la construcción de la Plaza del Arrabal hoy día la Plaza Mayor, y cuya denominación, según las crónicas, proviene de una antigua tradición cuyo origen parece remontarse a la Edad Media que refiere que los vecinos estaban obligados a proporcionar paja para alimentar las caballerías de los capellanes, deanes y demás beneficiados del Cabildo, entrega que debía realizarse en este lugar.



Vista de la Plaza de la Paja desde la Costanilla de San Andrés.

Constituye el corazón del Madrid que hemos denominado de los Trastamaras, aun cuando en las guías al uso lo incluyen en el "Madrid de los Austrias", pues en su cercanía se alzaban las casas de varias de las poderosas familias de ese periodo como los ya citados Lasso de Castilla, los Marqueses de la Romana, la familia de los Vargas o la de Rui González de Clavijo, quien, precisamente, nos espera frente al lugar en el que se alzaba su casa-palacio para acompañarnos en nuestro recorrido.

Presentemos a nuestro anfitrión, nacido en la villa de Madrid a mediados del siglo XV d.C., hombre ilustrado casado con doña Mayor Arias a la cual se atribuye un poema conservado en la Biblioteca Nacional de París, Camarero Real del monarca Enrique III, apodado el Doliente, que fue protagonista junto a fray Alonso Páez de Santamaría, políglota dominico, y Gómez de Salazar., hombre diestro en armas, de un épico viaje hasta la Corte de Timür-i lang, el gran Tamerlan, en la mítica ciudad de Samarcanda, como portador junto a una serie de ricos presentes, como era habitual en esa época, de una misiva de su rey en la que proponía al poderoso caudillo mongol una alianza para luchar contra los turcos.



Edificio situado en la Plaza de la Paja que se alza sobre el solar en que se levantaba la casa de Rui González de Clavijo, embajador del rey Enrique III de Castilla a la corte del Khan Tamerlan.

Podemos considerarlo, como portador de una misiva de su monarca, un "cartero real" que además mantuvo a lo largo de su periplo comunicación epistolar con el monarca, cartas en las que le va informando de los avances de su misión y en las que podemos encontrar muestras su espíritu inquieto y aventurero reflejadas en frases como la siguiente :

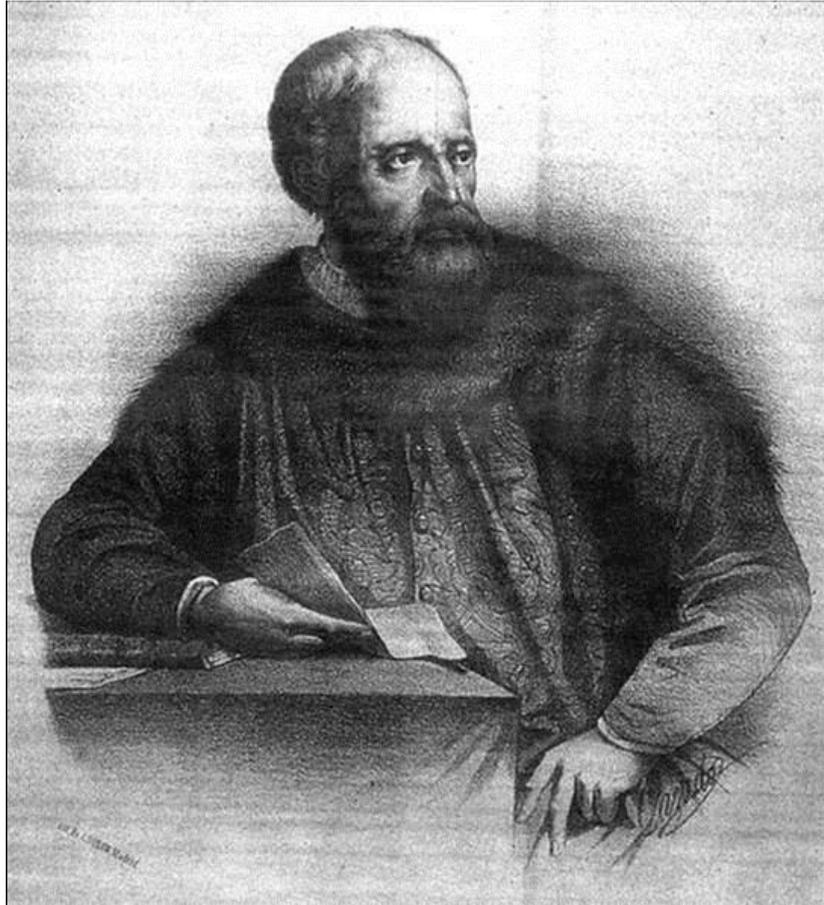
No se puede vivir el alma de las cosas sin acercarte antes a comprenderlas.

que figura recogida en la tercera de las cartas que se conservan.

Como resumen de su extraordinario viaje dejó escrito uno de los libros más interesantes, a pesar de ser prácticamente desconocido, de la literatura castellana medieval, su "Embajada a Tamorlan", posiblemente escrito en colaboración con su acompañante, fray Alonso Páez de Santamaría.

Y antes de adentrarnos en la historia de la Plaza señalar que gran parte de su perímetro actual esta ocupado por edificios de viviendas levantados a o largo del siglo XIX d.C. en los solares de los antiguos palacios.

Grabado que recrea la imagen de Rui González de Clavijo cuya mano sostiene la teórica carta del rey Enrique III destinada al Khan Tamerlan.



La historia de esta Plaza está íntimamente ligada al linaje de la familia de los Vargas, cuyos orígenes se remontan a Ivan o Juan de Vargas, caballero que acompañó al monarca Alfonso VI de Castilla en su victoriosa campaña que concluyó con la conquista de Toledo en el año 1083 d.C., durante la cual fue igualmente ocupada la fortaleza, al-mudayna, de Madrid, el cual, como recompensa por su colaboración en la misma, fue favorecido por el rey con la entrega de extensas posesiones en esta zona fronteriza del barrio donde habitaban los moriscos.

De ese pasado musulmán de la zona nos queda el nombre de diversas calles, la pequeña calle del Toro y sus leyendas, y la recoleta Plaza del Alamillo cuya denominación, a pesar de la opinión más extendida que considera proviene de la especie arbórea que tradicionalmente la preside, se debe en el hecho de situarse en este lugar el centro administrativo de la aljama musulmana reuniéndose en ella su al-amín, literalmente "hombre de confianza", un tribunal amparado en su propio fuero destinado tanto controlar pesos y medidas como a juzgar todos aquellos pleitos o disputas que afectasen exclusivamente a miembros de esa comunidad.



La Plaza del Alamillo, con el árbol de esa especie que la preside, al fondo la escalinata de inicio de una calle con su propia leyenda, la Calle del Toro.

El poder e influencia de la familia Vargas se acrecienta a lo largo de los siglos siguientes gracias a su exitosa participación en grandes hechos de armas así, por ejemplo, Pedro Fernández de Vargas fue uno de los caballeros participantes en la batalla de Las Navas de Tolosa citados por las crónicas, o Garcí Pérez de Vargas quien contribuyó a la conquista de Sevilla, alcanzando su cenit a finales del siglo XV d.C. con don Francisco de Vargas, consejero de los Reyes Católicos y del propio monarca Carlos I de Habsburgo, quien ordenó edificar su Casa-palacio en esta Plaza.

Situado en el ángulo noroeste de la misma, cuya acentuada pendiente es consecuencia de haberse levantado en el barranco del antiguo cauce del llamado arroyo de san Pedro que desembocaba en la actual calle Segovia, sus orígenes se remontan a mediados del siglo XVI d.C. aun cuando su actual aspecto es consecuencia de diversos procesos de rehabilitación acometidos tras perder su carácter palaciego, entre los que se incluye su conversión en Centro de Enseñanza, aun cuando el elemento más interesante se encuentra adosado al anterior, la llamada Capilla del Obispo.



ARRIBA : Fachada de la Casa-palacio de la familia Vargas junto a la Capilla del Obispo, en la que se aprecia el piso superior añadido con posterioridad.



IZQUIERDA : Escudo de la familia Vargas que, como si fuera un aviso a caminantes, nos indica que estamos en un "territorio" por ellos dominado.

Respecto a esta última señalar que fue mandada edificar en el año 1520 d.C. por Don Francisco de Vargas y su esposa, Doña Inés de Carvajal con el objetivo de contener los restos de San Isidro Labrador, siendo su hijo, el Obispo de Plasencia Don Gutierre de Vargas y Carvajal, quien concluyó las obras en el año 1535 d.C., tomando de su cargo eclesiástico el nombre por el fue posteriormente conocida.

Se trata de uno de los escasos edificios de estilo gótico conservados en Madrid, considerando la tradición popular que se alza sobre los cimientos del primitivo templo mozárabe al que el Santo acudía a orar.



Sobria fachada de la Capilla del Obispo en la Plaza de la Paja tras la que se oculta un majestuoso interior.

En base a un privilegio real datado en el año 1518 d.C. y por el cual la familia de los Vargas era nombrada "custodio perpetuo" de los restos del Santo los mismos son trasladados a esta nueva capilla, hasta que en el año 1544 d.C. los clérigos de la iglesia de san Andrés logran la restitución de los mismos, siendo transformada en la "capilla funeraria" en la que destaca el impresionante retablo que preside su Altar mayor, obra de Francisco Giralte, autor igualmente de los sepulcros del Obispo y sus padres.

Antigua fotografía de la Capilla del Obispo en la que se aprecia la riqueza ornamental del gran retablo, obra de Francisco Giralte, al igual que los sepulcros de Don Francisco de Vargas y su esposa, Doña Inés de Carvajal, situados a ambos lados.



Muy dañada durante la Guerra Civil, un cuidadoso proceso de recuperación permite volver a apreciar nuevamente su riqueza ornamental.

Cerrando la Plaza encontramos los jardines del Palacio de Príncipe de Anglona, uno de los escasos ejemplos conservados de los jardines palaciegos propios del siglo XVIII d.C. (de cuya historia hemos dedicado un documento específico bajo el título "Los Jardines del Palacio del Príncipe de Anglona"), cuyo edificio principal se alza sobre una anterior construcción perteneciente, como no podía ser menos, a Don Francisco de Vargas, el Consejero de los Reyes Católicos y de su nieto el Emperador Carlos, quien ordenó levantarla en el primer tercio del siglo XVI d.C. siendo reedificado entre los años 1675 y 1690 d.C.

Su actual aspecto es consecuencia de la reforma iniciada en el año 1776 d.C. y concluida en el año 1802 d.C., que llevó a cabo el arquitecto Vicente Barcenilla siguiendo instrucciones de Don Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Pacheco, IX duque de Osuna y IX marqués de Jabalquinto, que deseaba convertirlo en una residencia acorde con su rango, la cual fue posteriormente ocupada por su hijo, Don Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Pimentel, Príncipe de Anglona, prócer del Reino y senador vitalicio.



Vista de los Jardines (arriba) y de la fachada que da a ellos (abajo) de Palacio del Príncipe de Anglona.



Dejamos a nuestro intrépido viajero junto al solar que ocupó en su día su vivienda para continuar nuestro recorrido por la calle del Príncipe de Anglona en dirección a la iglesia de San Pedro el Viejo cuya elevada torre mudéjar se levanta al fondo de la misma.



Torre mudéjar de la Iglesia de San Pedro el Viejo vista desde la calle del Príncipe de Anglona.

La iglesia de san Pedro el Viejo constituye uno de los edificios religiosos más antiguos que se conservan en Madrid dado que su origen parece remontarse al lejano año de 1344 d.C., cuando tras la conquista de la ciudad de Algeciras por el rey de Castilla Don Alfonso XI, apodado el Justiciero, el Concejo madrileño ordenó levantar una iglesia bajo la advocación de San Pedro en el solar que ocupaba una antigua mezquita.

A su alrededor se han tejido innumerables leyendas que hacen del mismo uno de los más interesantes y desconocidos templos de la Villa por cuyo motivo hemos elaborado un documento independiente bajo el título "La iglesia de San Pedro el Viejo".

Y a la puerta del templo nos aguarda, ya impaciente, su nuestro siguiente protagonista, don Rodrigo Calderón de Aranda, marqués de Sieteiglesias.



Maqueta de la Iglesia de San Pedro el Viejo que se conserva en el Museo de los Orígenes.

Antes de que nuestro protagonista nos acompañe y comente algunos aspectos de la calle hoy día llamada del Nuncio y en la que se alzaba una casa propiedad de su esposa, doña Inés de Vargas y Trejo, señalar que entre los diferentes cargos que fue ocupando durante su vida, Comendador de Ocaña en la Orden de Santiago, capitán de la guardia alemana de Felipe III, alguacil mayor de la Real Audiencia y Chancillería de Valladolid, secretario de Cámara de Felipe III, privado del duque de Lerma o embajador en Flandes, hemos de destacar el de regidor perpetuo y correo mayor de la ciudad de Valladolid.

Famoso por su arrogancia, de su actitud ante su ejecución en la cercana Plaza Mayor proviene la famosa frase, "Más orgullo que don Rodrigo en la horca", lástima que no fuera ahorcado sino degollado, como su condición nobiliaria exigía, "y por delante", al no haber sido condenado por traición.

La calle del Nuncio recibió este nombre tras la adquisición de ese antiguo palacio por la Santa Sede en el año 1681 d.C., con el objetivo de establecer en ellas el Tribunal de la Nunciatura, edificio que fue remodelado por el arquitecto Don José de Villarreal para adaptarlo a su nueva función.



ARRIBA : *La iglesia de san Pedro el Viejo (C), la calle del Nuncio con el palacio del siglo XVI d.C. y el palacio del marqués de Siete Iglesias (en el círculo verde) y la Plaza de Puerta Cerrada (47) según el Plano elaborado por Pedro Texeira en el año 1656 d.C.*

Retrato de don Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias.



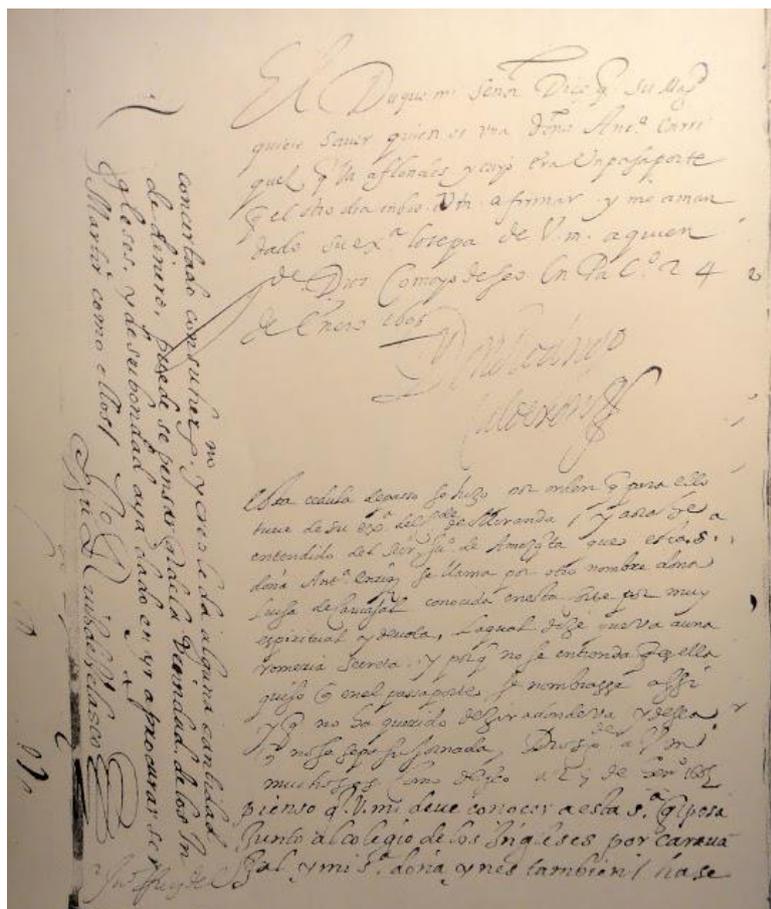
Fue tras la designación como Nuncio Apostólico ante la Corte de Felipe V de Borbón del prelado Pompeyo Marescotto Aldrovandi, posteriormente nombrado Patriarca de Jerusalén, en el año 1717 d.C. cuando dan inicio las negociaciones tendentes a la compra del resto de las edificaciones propiedad, entre otras, de Doña Mencia de la Cerda, marquesa del Valle, y de doña Catalina Luján, que conformaban la manzana para, una vez adquiridas, realizar una profunda reforma del conjunto que fue encargada al arquitecto Don Manuel de Moradillo, obras que concluidas en el año 1735 d.C. le confirieron su actual aspecto.



Fachada principal del actual Palacio de la Nunciatura, el antiguo palacio del marqués de Sieteiglesias, situada en el chaflán que forman las calles del Nuncio y la Travesía del Almendro.

No obstante fue poco el tiempo que habitó nuestro protagonista esta vivienda desde la que, no obstante, mantuvo una intensa correspondencia con doña Luisa de Carvajal y Mendoza, una religiosa y escritora mística que dedicó su vida y fortuna a la defensa de la fe católica en la anglicana Inglaterra, y cuya estancia en Londres durante el reinado de Jacobo I fue aprobada por el propio Marqués quien debió mediar en distintas ocasiones con la Corte inglesa para lograr la liberación de la dama.

Carta autógrafa de don Rodrigo Calderón, marqués de Sieteiglesias, autorizando el viaje a Inglaterra de doña Luisa de Carvajal y Mendoza.



Frente a este edificio cuyas estancias, distribuidas en dos alturas, se articulan alrededor de un patio de planta rectangular cuya galería inferior se cubre con bóvedas de arista, y en el que exteriormente destacan el almohadillado acceso principal situado en uno de los ángulos de la fachada y los balcones decorados con las armas papales, constituyendo un claro ejemplo del estilo arquitectónico imperante a finales del siglo XVIII d.C., se alza una antigua casa-palacio levantada en el último tercio del siglo XVI d.C. cuya fachada a esta calle, en la que destaca la gran torre esquinera, fue levantada a base de cajoneras de mampostería con verdugadas de ladrillo y que tras ser rehabilitada es sede de la Federación Española de Municipios y Provincias.

En nuestro recorrido por esta calle debemos señalar que en el siglo XVII d.C. era escenario de toda clase de fechorías y desmanes cometidos por pícaros y espadachines de poca monta, hechos que no se debían diferenciar de lo que acontecía en otros lugares de la Villa, no obstante en el año 1671 d.C. el Nuncio elevó al Concejo de la Villa una solicitud para su cierre, petición que fue atendida posiblemente en atención a quien lo solicitaba, manteniéndose durante largos años limitado el paso de personas y carruajes por las mismas.



Vista del patio interior del Palacio de la Nunciatura.



Fachada a la calle del Nuncio del palacio del siglo XVI d.C. sede de la F.E.M.P.

Rebasado estos nobiliarios edificios y en el recoleto ensanche al que se abren sus accesos nos despedimos de nuestro acompañante, el marqués de Sieteiglesias, (parece ser que la zona de la Plaza Mayor hacia la que nos dirigimos le produce un cierto "dolor de garganta"), la vía se transforma pasando a tener, dada su estrechez y el codo que forma a su salida a la Plaza de Puerta Cerrada, más el aspecto de un callejón que al de una calle propiamente dicha.



La estrecha y retorcida calle del Nuncio. que durante gran parte del siglo XVII d.C. estuvo cerrada al paso de personas y carruajes.

Se puede decir sin miedo a equivocarse que la Plaza de la Puerta Cerrada, cuyos orígenes se remontan al siglo XI d.C. cuando tras la conquista cristiana de Madrid y para dar protección a los barrios que iban surgiendo extramuros del primitivo recinto amurallado de origen musulmán fue preciso levantar una nueva cerca defensiva, es una de las más irregulares e inarmónicas de la Villa de Madrid resultado de su dilatada y ajetreada historia parte de la cual, como en el caso de los Jardines del Palacio del Príncipe de Anglona o de la Iglesia de San Pedro el Viejo, hemos resumido en un artículo propio bajo el título "La Plaza de la Puerta Cerrada".

Reconstrucción de parte del trazado de la muralla medieval de Madrid en la que se aprecia la situación (flecha azul) de la Puerta Cerrada.



Encrucijada cuya traza es el resultado de los infinitos proyectos urbanísticos que se han ido desarrollando en la zona, ha sido considerada desde antaño punto de encuentro del barrio ya que nada menos que hasta diez calles desembocan en ella, las de la Cava Baja, del Nuncio, de Segovia, de San Justo, de la Pasa, de Gómez de Mora, de Cuchilleros, de Latoneros, de Tintoreros y de Toledo, cada una de las cuales contiene un trozo de la historia viva de Madrid.

Su inclusión dentro de este recorrido que hemos denominado Ruta del Madrid Postal es debido al hecho de encontrarse en este punto una de las más importantes fuentes públicas de la Villa, hecho que propició que se fuera convirtiendo en uno de los lugares en los que se reunían los criados de la nobleza y los aguadores, los artesanos y los bravos, los pícaros y los religiosos, los señores y los menesterosos, en resumen, la gente de la villa que humilde o señorial venía no solo a surtirse de agua, sino para comentar e intercambiar noticias.

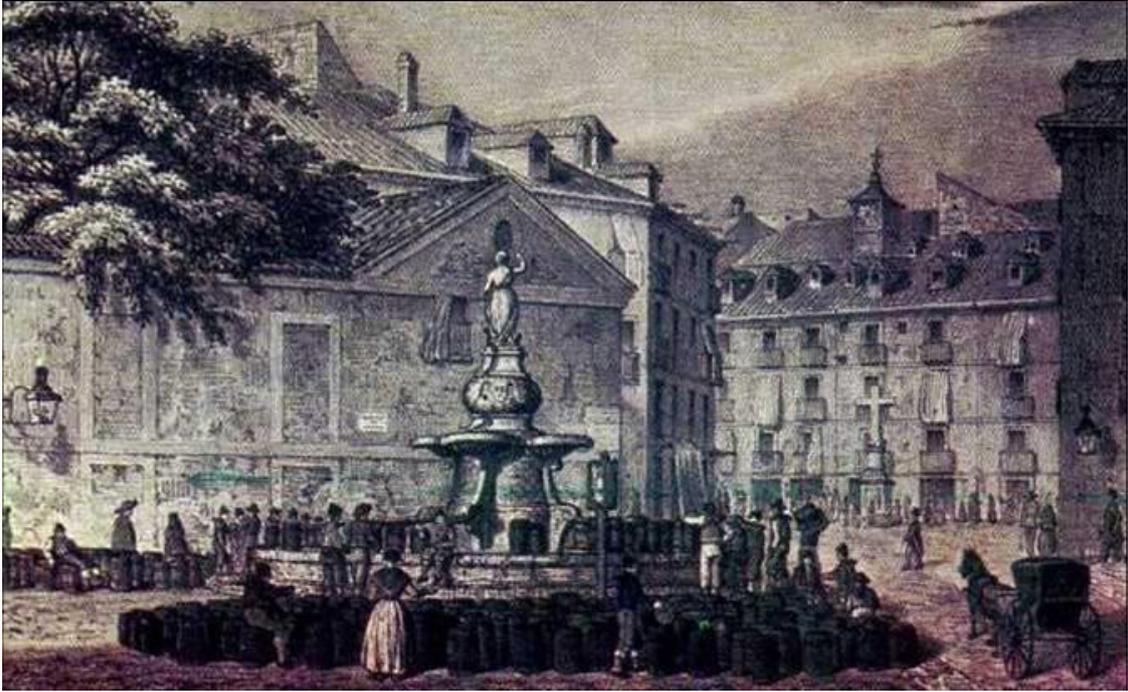


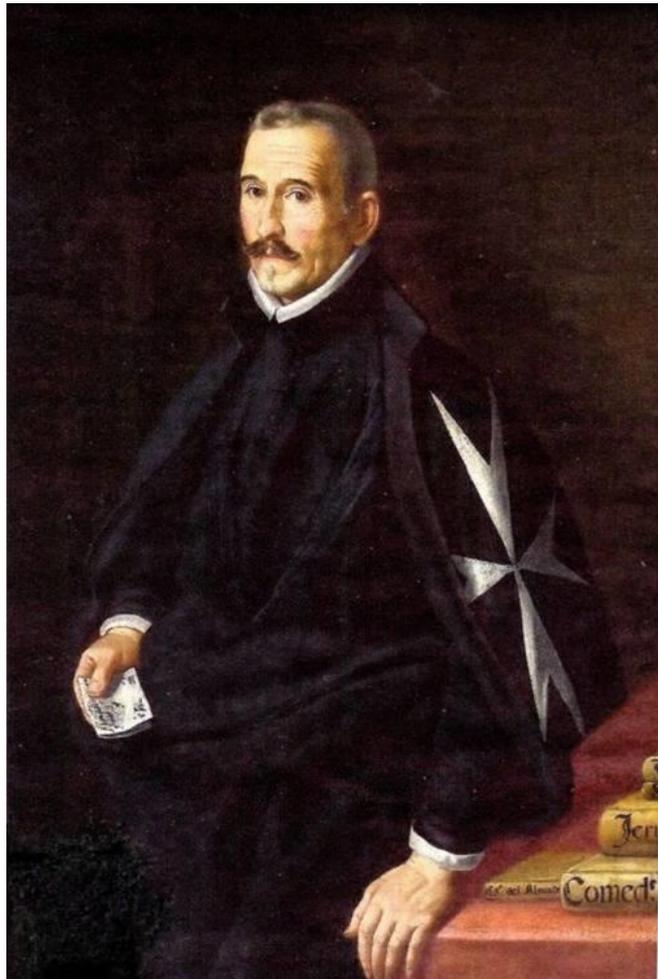
Imagen de la Plaza de la Puerta Cerrada (arriba), según un antiguo grabado en el que aparece en primer plano la fuente con la estatua de la diosa Diana y al fondo la gran cruz de piedra, escultura que figura hoy ubicada en la fuente de la Plaza de la Cruz Verde (abajo).



Y ahí tenemos al pueblo de esta Villa, título que nunca perdió a pesar de instalarse en ella la Corte, villanos y a mucha honra, ociosos o trabajadores, comentando hechos y rumores o preparando el siguiente motín al que tan aficionados hemos sido los madrileños.

Pero al tiempo los señores también precisaban transmitir noticias siendo el medio más habitual el intercambio de billetes, los antecesores de las cartas postales, en los que los enamorados confesaban su amor, los amantes fijaban el momento de su próxima cita o los comerciantes cerraban sus tratos, un ejemplo de los cuales lo encontramos en el retrato que del dramaturgo don Lope de Vega y Carpio realizó su amigo y pintor don Juan Van der Hamen, en el que se muestra al poeta con el manto de la Orden de Malta sosteniendo uno de estos billetes con su mano derecha.

Curiosamente en aquellos tiempos también se pagaba una tasa por el transporte de la misiva, cuyo coste no quedaba reflejado en un porteo o en un timbre, dado que el mismo era establecido con el mensajero en base a la posición social y necesidad del remitente.



Retrato del dramaturgo Lope de Vega con el manto de la Orden de Malta realizado por Juan Van der Hamen.



Detalle del anterior retrato en el que se observa el billete que sostiene Lope de Vega en su mano.

Y junto al Fénix de los Ingenios, buen conocedor de este barrio a pesar de estar situada su vivienda en la actual calle de Cervantes, (a los regidores madrileños parece agradarles estas chanzas), en el cercano Barrio de las Letras, por habitar en sus cercanías alguna de sus amantes, dejamos atrás esta plaza para encaminarnos hacia la Plaza de san Miguel por la que tal vez sea una de las vías más conocidas de Madrid, la calle de Cuchilleros.

Esta antigua calle ocupa parte de una de las antiguas cavas que circundaban la muralla medieval y cuyo nombre proviene de haber sido escogida por el gremio de los cuchilleros para instalar en ella sus tiendas y puestos ambulantes al encontrarse en una posición intermedia entre la calle de la Herrería, que les suministraba su materia prima, y la Plaza Mayor, lugar en el que ejercían su oficio los maestros carniceros, sus principales clientes, artesanos que no solo fabricaban los útiles propios del oficio de matarife como cuchillos, machetes y otros instrumentos necesarios para el despieze de reses, antes al contrario, ya entrado el siglo XVII d.C. eran famosos muchos de ellos por elaborar bellas piezas para lanzas y alabardas, cuchillos de caza y monte en los que destacaban los adornos calados y recortados así como los grabados a buril.



Fotografía de la Plaza de Puerta Cerrada a principios del siglo XX d.C., al fondo la calle de Cuchilleros.



La Plaza de Puerta Cerrada en una fotografía fechada en el año 1950 d.C. en la que se aprecia, además del deterioro de las edificaciones, el solar vacío de la vieja casa con mirador de madera situado en el margen derecho de la imagen anterior.

La desaparición de las carnicerías de la Plaza Mayor obligó a modificar el paisaje de los comercios de la calle, instalándose en ella todo tipo de tiendas como describe Don Benito Pérez Galdós en su novela Torquemada y San Pedro.

De todos aquellos establecimientos que relaciona, pollerías, boterías, torneros, plomistas, vaciadores, etc., el único que ha llegado hasta nuestros días ha sido "la célebre casa de comidas de Sobrinos de Botín", así citada en la referida novela, que continua ocupando la misma casa en la que el francés Jean Botín en el lejano año de 1725 d.C., tal y como reza la inscripción de carácter religioso grabada en el dintel de la entrada principal, abrió una pequeña posada origen del actual restaurante.

Vista del edificio de la calle de Cuchilleros que desde el año 1725 d.C. acoge la "casa de comidas Sobrinos de Botín" ya citada por don Benito Pérez Galdós en su novela Torquemada y San Pedro.



Y es que esta calle, como las cercanas Cavas, Alta y Baja, de San Francisco, fueron lugar de parada de viajeros y forasteros que llegaban a la Corte con ánimo de medrar, manteniéndose prácticamente hasta mediados del pasado siglo las paradas de los transportes que unían la capital con las localidades cercanas, siendo a partir del último tercio del siglo XX d.C. cuando cambia totalmente la fisonomía comercial de la zona al establecerse, tal como ocurriera en tiempos pasados, multitud de tabernas y mesones aprovechando las "cavas" y bodegas de las antiguas construcciones.

DERECHA : Imagen de la calle de Cuchilleros fechada en el año 1919 d.C.



ABAJO : Calle de Cuchilleros junto al Arco del mismo nombre en una fotografía fechada en el año 1932 d.C. en el que aparecen junto a otros vehículos algunos de los autobuses de línea que tenían su parada en la misma .



Dada la escasa longitud de la calle, un corto paseo nos ha llevado hasta el famoso Arco de Cuchilleros, punto emblemático del Madrid más turístico, cuyos orígenes, como veremos, se remontan al proyecto de reconstrucción de la Plaza Mayor realizado por el arquitecto Juan de Villanueva tras el pavoroso incendio que en el verano del año 1790 d.C. calcinó gran parte del antiguo recinto que había sido levantado de conformidad con los planos del maestro de obras Juan Gómez de Mora entre los años 1617 d.C. y 1619 d.C.

Respecto a su ubicación debemos tener en cuenta que si algo caracteriza a la Villa de Madrid es la topografía de su caserío, dado que si la mitológica Roma se alzaba sobre siete colinas, la cortesana Madrid lo hace no sobre un número limitado de ellas, sino sobre infinidad de pequeñas elevaciones que van configurando continuos desniveles que obligaron a los arquitectos reales a agudizar su ingenio para adaptar los proyectos urbanísticos a los deseos de los monarcas y las limitaciones del terreno.

Y este es uno de los mejores ejemplos de este hecho dado que su origen hay que buscarlo en la necesidad de, manteniendo la armonía y simetría interior de la Plaza Mayor, salvar el gran desnivel existente entre su ángulo sureste, el correspondiente a las actuales calles de Felipe III y Postas, y este lugar, su ángulo suroeste que se alza sobre lo que, como ya hemos señalado, era uno de los fosos o cavas de la antigua muralla medieval.

La solución adoptada fue construir recios muros de mampostería, ligeramente inclinados hacia el exterior como se puede observar en el propio Arco y a lo largo de la actual calle de San Miguel, que sostuvieran el terreno para levantar sobre ellos las edificaciones, al tiempo que permitía que en su parte inferior se construyeran amplios sótanos, que en algunos casos se prolongaban hasta el subsuelo de la propia Plaza Mayor, los cuales fueron utilizados tanto como almacenes de géneros por los artesanos de la zona como para destinarlos a tabernas, bodegas y otros negocios.

Si todavía hoy día llama la atención la gran altura de los edificios que se asoman en esta esquina, habría que imaginar el efecto visual que tendría este lugar antes de la reforma acometida por Juan de Villanueva cuando la altura de las casas en este punto se elevaba tres pisos por encima de los actuales hasta alcanzar las ocho plantas.

No obstante, y apremiados por nuestro guía, parece que le espere alguna dama, debemos dejar atrás el arco de Cuchilleros y la propia Plaza Mayor, para alcanzar el punto final de esta nuestra primera posta, el remozado Mercado de la Plaza de san Miguel.



El Arco de Cuchilleros (arriba), monumental entrada al recinto de la Plaza Mayor de Madrid, y la Cava de San Miguel (abajo) en la que se aprecia la ligera inclinación de los muros de las edificaciones.





Fachada 8arriba) de las casas de la Plaza Mayor en la Cava de San Migue y vista (abajo) del Mercado de la Plaza de San Miguel desde la calle de Ciudad Rodrigo.



Y en este punto, mientras comentamos este recorrido inicial y degustamos alguno de los excelentes caldos que de las diferentes zonas vitivinícolas llegan a esta Corte, gracias a dios han pasado aquellas épocas en las que el vino que llegaba a Madrid era un brebaje más propio de ser considerado veneno que bebida digna de un ser humano, quien no recuerda el sabor casi avinagrado de aquellos tintos contenidos en pellejos que tenían la espita situada en una de sus patas, cerramos el recorrido que hemos denominado Primera Posta de la Ruta del Madrid Postal.

*Interior del rehabilitado
Mercado de la Plaza de San
Miguel, lugar en el que se ha
situado el final de la Primera
Posta de la Ruta del Madrid
Postal.*



*El Comité de Actividades y Captación de la Asociación
Española de Profesionales de Turismo.*